

preceptor que dá su pensamiento: esta profunda paternidad espiritual ligaba Cimourdain á su discípulo. Mirando solo al niño se enternecía.

Además, hay que añadir que éste podía reemplazar al padre, porque su discípulo carecía de él; era huérfano de padre y madre, sin más parientes que una tía ciega y un tío de segundo grado, ausente. La abuela murió algún tiempo despues, y el tío, jefe de la familia, militar y gran señor, que ejercía empleos en la corte, huía de la casa solariega de la familia y vivía en Versalles; iba con el ejército y dejaba al huérfano solitario. El preceptor era, pues, el dueño en toda la acepción de la palabra.

Hay que añadir también que Cimourdain había visto nacer al niño, que era su alumno; este huérfano sufrió en la tierna infancia una enfermedad grave; estuvo en peligro de muerte, y Cimourdain le veló noche y día, ya medicándole como facultativo, ya cuidándole como enfermero, y le salvó la vida. Su discípulo le debía, pues, no solo la instrucción, la educación y la ciencia, sino también la convalecencia y la salud; no solo le era deudor del desarrollo de la facultad de pensar, sino también le era deudor de la vida. Adoramos á los que todo nos lo deben; Cimourdain adoraba á ese niño.

Pero debía llegar el momento de separarse de él, y cuando terminó su educación, Cimourdain debió dejar al niño ya hecho hombre. ¡Con qué fría é inconsciente crueldad se verifican esas separaciones! ¡Con qué tranquilidad las familias despiden al preceptor, que deja su pensamiento en el niño, y á la nodriza, que le deja sus entrañas! Cimourdain, pagado y despedido, salió de la alta sociedad y volvió á entrar en la sociedad humilde; la puerta divisoria que le separaba de los grandes se cerró tras él; el joven señor, oficial por derecho de nacimiento, y ascendido de repente á capitán, partió para ir á una de las guarniciones; el humilde preceptor, ya clérigo rebelde, se apresuró á descender al oscuro entresuelo de la Iglesia que se llama el bajo clero.

Cimourdain perdió de vista á su discípulo.

Sobre vino la revolución, y el recuerdo de aquel sér, del que hizo un hombre, continuó latente en él, oculto, pero no extinguido, por lo extraordinario de los públicos acontecimientos.

Es hermoso modelar una estatua y

darle vida; pero modelar una inteligencia, infundiendo en ella el álito de la verdad, es más hermoso todavía. Cimourdain era el Pígalion del alma de su discípulo.

El espíritu puede tener un hijo.

Aquel niño, aquel huérfano, aquel alumno, era el único sér que amaba en el mundo Cimourdain.

Pero en semejante afecto, ¿era este hombre vulnerable? Vamos á verlo.

## LIBRO SEGUNDO

### La taberna de la calle del Pavo Real.

#### I.

Minos, Baco y Radamanto.

**H**abía en la calle del Pavo Real una taberna que se llamaba café, que tenía un aposento reservado, que hoy es ya histórico. Allí se reunían á veces en casi secreta entrevista hombres poderosos y vigilados que se atrevían á hablar en público. Allí se dieron el 23 de Octubre de 1792 el famoso beso la Montaña y la Gironda. Allí fué donde Garat (aunque no lo dice en sus Memorias) recibió noticias durante la noche lúgubre en que, despues de meter á Claviere en un lugar seguro de la calle de Beanne, detuvo su coche en el puente Real para oír el toque de rebato.

El 28 de Junio de 1793 tres hombres estaban reunidos alrededor de una mesa en el aposento reservado. Sentábase cada uno en un lado de la mesa, dejando vacío el cuarto. Eran cerca de las ocho de la tarde y había aun escasa claridad del día en la calle, pero era de noche en aquella sala, y un quinqué pendiente del techo, que era lujo en aquella época, iluminaba la mesa.

El primero de los tres hombres era pálido, joven y grave, de labios delgados y de mirada fría; tenía en las mejillas un tic nervioso que debía incomodarle para sonreír. Llevaba la cabeza empolvada, las manos cubiertas con guantes, la casaca cepillada y abotonada; su casaca, de color azul claro, no le hacía ni un solo pliegue. Llevaba, además, calzones de mahon, medias blancas, corbata alta, guirindola de menu-dos pliegues y zapatos con hebillas de

plata. De los otros dos, uno era una especie de gigante y el otro una especie de enano. El gigante iba cubierto con una gran casaca de paño de color de escarlata; le holgaba el cuello dentro de una corbata desanudada, cuyas puntas caían más abajo de la guirindola; llevaba botas de campana y tenía el pelo erizado, conservando un resto de peinado y de adorno; su cabellera parecía de crin. Tenía la cara picada de viruelas, una arruga celérica entre las cejas, un pliegue de bondad en los extremos de la boca, los labios gruesos, los dientes largos, la mirada brillante y los puños de mozo de cordel. El enano era un hombre pálido, que sentado parecía deforme; tenía la cabeza inclinada hácia atrás, los ojos inyectados en sangre, manchas lívidas en el rostro, un pañuelo anudado sobre su cabello grasiento y lacio, poca frente y boca enorme y terrible. Llevaba pantalón, zapatos anchos, chaleco, que debió haber sido de satin blanco, y por encima del chaleco un ropon, entre cuyos pliegues una línea dura y recta dejaba adivinar un puñal. El primero de estos hombres se llamaba Robespierre, el segundo Danton y el tercero Marat.

Estaban solos en aquella habitación. Había delante de Danton un vaso y una botella de vino cubierta de polvo, que recordaba la botella de cerveza de Lutero; delante de Marat una taza de café, y delante de Robespierre papeles.

Al lado de aquellos papeles había uno de esos tinteros pesados de plomo, redondos y estriados, que aun recuerdan los que eran estudiantes al principio de este siglo. Al lado del escritorio había una pluma sobre la mesa y sobre los papeles un grueso sello de cobre, en el que se leía *Palloy fecit*, y que representaba un pequeño modelo de la Bastilla.

Un mapa de Francia estaba extendido en medio de la mesa.

A la puerta de la sala, pero fuera de ella, estaba el perro de presa de Marat, Lorenzo Basse, comisionista del número 18 de la calle de los Franciscanos, que el 13 de Julio, quince días despues de esta escena, debía descargar un silletazo en la cabeza de una mujer llamada Carlota Corday, que en estos momentos estaba en Caen. Lorenzo Basse era el portador de las pruebas del *Amigo del Pueblo*, y aquella tarde, que le llevó su amo al café de la calle del Pavo Real, tenía la consigna de permanecer á la puerta de la sala en que se reunían Marat, Danton y Robespierre y de no dejar entrar á nadie, á

no ser que se presentase algun individuo de la Comision de Salvacion pública del Municipio ó del Obispado.

Robespierre no quería cerrar la puerta á Saint-Just, Danton no quería cerrársela á Pache, ni Marat á Guzman.

Hacia ya largo tiempo que duraba la conferencia, que se refería al contenido de los papeles que estaban sobre la mesa y que había leído Robespierre. Comenzaban á levantar la voz y la cólera tronaba en el alma de aquellos tres hombres. Desde fuera se oían de vez en cuando algunas frases pronunciadas en voz más alta que las otras. En aquella época la costumbre de las tribunas públicas parecía haber creado el derecho á escuchar; en aquellos tiempos el expedicionario Fabricio Paris miraba por el agujero de la cerradura lo que hacia el Comité de Salvacion pública, lo que, dicho de paso, no fué inútil, porque Paris advirtió á Danton lo que pasaba en la noche del 30 al 31 de Marzo de 1794. Lorenzo Basse aplicó el oído á la puerta de la sala donde estaban reunidos Danton, Marat y Robespierre. Lorenzo Basse servía á Marat, pero pertenecía á la reunion del Obispado.

#### II.

Magna testantur voce per umbras.

**D**anton acababa de levantarse, haciendo retroceder la silla con violento impulso.

—Escuchad, exclamó. No hay más que un asunto urgente, el de que la República está en peligro. No veo nada tan importante como librar á la Francia del enemigo. Para eso todos los medios son buenos, todos, todos. Cuando me amenazan toda clase de peligros, me valgo de toda clase de recursos, y cuando todo lo temo, lo arrostro todo. Mi pensamiento es un león; no entiendo de semimedidas ni de prudencia en la revolución. Némesis no es la diosa de la gazmoñería; seamos espantosos y útiles. ¿Por ventura el elefante mira dónde pone el pié? Aplastemos al enemigo.

—Estoy de acuerdo, respondió Robespierre con voz suave, y añadió:—La cuestión está en saber dónde está el enemigo.

—Está fuera y yo le he expulsado, dijo Danton.

—Está dentro y yo le vigilo, contestó Robespierre.

—Pues yo lo expulsaré otra vez, añadió Danton.

—No se puede expulsar al enemigo interior.

—Pues qué se hace con él?

—Se le aniquila.

—Convengo en ello, contestó Danton á su vez, y añadió:—Pero os digo que está fuera, Robespierre.

—Danton, yo os digo que está dentro.

—Está en la frontera.

—Está en la Vendée.

—Calmaos, repuso una tercera vez, está en todas partes y estais perdidos.

Marat hablaba así.

Robespierre miró á Marat y continuó hablando tranquilamente:

—Dejémonos de generalidades; yo me refiero á hechos concretos. Hé aquí los hechos.

—Pedante! murmuró entre dientes Marat.

Robespierre señaló los papeles extendidos ante él y continuó hablando:

—Acabo de leer los despachos de Prieur del Marne y acabo de comunicar los datos que he recibido de Gelambre. Danton, la guerra extranjera no es nada, la guerra civil lo es todo. La guerra extranjera es una desolladura en el codo y la guerra civil es la úlcera que corroe las entrañas. De lo que acabo de leer resulta que la Vendée, dividida hasta hoy entre muchos jefes, está ya en el momento de concentrarse y vá á tener desde hoy un capitán único.

—Un bandido central, exclamó Danton.

—Este es, prosiguió Robespierre, el hombre que desembarcó cerca de Pontorson el 2 de Junio. Habeis visto de lo que es capaz; observad que ese desembarque coincide con la prision de los representantes en mision, Prieur, de la Costa de oro, y Romme, en Bayeux, por ese distrito traidor de Calvados, el 2 de Junio, es decir, en el mismo dia.

—Y su traslacion al castillo de Caen, dijo Danton.

Robespierre añadió:

—Continuaré reasumiendo los despachos. La guerra de montaña se organiza en vasta escala. Al mismo tiempo se prepara un desembarque inglés: vendeanos é ingleses casi son lo mismo: los hurones de Finisterre hablan la misma lengua que los topinambos del Cornwall. Conocen el texto de la carta interceptada de Pinsaye, en la que se dice que "veinte mil casacas rojas, distribuidas entre los insurrectos, lograrán que

se levanten cien mil." Cuando la insurreccion de los paisanos sea completa, se verificará el desembarque de tropas inglesas. Ved aquí el plano; podeis seguirle en el mapa.

Robespierre puso el dedo en él y prosiguió:

—A los ingleses se les deja la eleccion del punto del desembarque desde Cancale á Paimpol. Craig preferiria la bahía de Saint-Brieuc, Cornwallis la bahía de Saint-Cast. Esto solo es un detalle. Defiende la orilla izquierda del Loire el ejército vendeano rebelde, y han prometido cuarenta parroquias normandas su concurso para ocupar las veintiocho leguas que tenemos al descubierto entre Ancenis y Pontorson. El desembarque se verificará en tres puntos; en Plerin, en Iffiniac y en Pleuneuf; de Plerin pasarán á Saint-Brieuc y de Pleuneuf á Lamballe; el segundo dia llegarán á Dinan, donde existen novecientos prisioneros ingleses, y ocuparán al mismo tiempo á Saint-Jouan y á Saint-Méen, en donde dejarán la caballería. El tercer dia dos columnas se dirigirán, una desde Jouan hasta Bedée y la otra desde Dinan hasta Becherel, que es una fortaleza natural, en la que establecerán dos baterías. Al cuarto dia estarán en Rennes, que es la llave de la Bretaña; una vez tomada Rennes caerán en su poder Chateaufort y Saint-Malo, y en Rennes hay un millon de cartuchos y cincuenta piezas de artillería de campaña.

—De las que se apoderarán, añadió Danton.

Robespierre continuó:

—Voy á terminar. De Rennes saldrán tres columnas; una irá á Fougères, otra á Vitré y la tercera á Redon. Estando cortados los puentes, los enemigos se proveerán de pontones y de maderos y de guías que los conducirán por sitios que pueda vadear la caballería. De Fougères saldrán columnas sobre Avranches; de Redon sobre Ancenis, y de Vitré sobre Laval. Nantes se rendirá, Brest tambien; Redon les proporcionará la posesion de todo el curso del Vilaine, Fourges la del camino de Normandía y Vitré la del camino de Paris. Dentro de quince dias se reunirá un ejército de bandidos de trescientos mil hombres y toda la Bretaña estará en poder del rey de Francia.

—Es decir, del rey de Inglaterra, replicó Danton.

—No, del rey de Francia, insistió Robespierre; del rey de Francia, que es

peor: bastaron quince dias para expulsar al extranjero, pero se han necesitado mil ochocientos años para eliminar á la monarquía.

Danton, que se volvió á sentar, apoyó los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, quedando pensativo.

—Os he hecho ver el peligro, repuso Robespierre; Vitré dá á los ingleses el camino de Paris.

Danton levantó la cabeza y dejó caer sus gruesas y crispadas manos sobre el mapa.

—Robespierre, dijo, ¿Verdun no entregó tambien el camino de Paris á los prusianos?

—Y qué?

—Que expulsaremos de Francia á los ingleses como expulsamos á los prusianos.

Danton se puso en pié otra vez. Robespierre dejó caer su mano fria sobre el puño febril de Danton y le dijo:

—La Champaña no estaba en favor de los prusianos y la Bretaña está en favor de los ingleses. Recobrar á Verdun era hacer la guerra al extranjero; recobrar á Vitré será encender la guerra civil. La diferencia es seria. Sentaos, Danton, y estudiad el mapa en vez de darle puñetazos.

Pero Danton, absorto en su pensamiento, exclamó:

—Esto es incomprendible!... ¡Ver la catástrofe en el Oeste cuando está en el Este!... Concedo, Robespierre, que Inglaterra se levanta sobre el Océano; pero la España asoma por los Pirineos, la Italia por los Alpes, la Alemania por el Rhin y el gran oso ruso por el fondo. Robespierre, el peligro es un círculo dentro del que estamos nosotros. En el exterior nos amenaza la coalicion y en el interior la traicion. En el Mediodía, Servant entreabre la puerta de Francia al rey de España; en el Norte, Dumouriez se pasa al enemigo; Nerwinde borra las glorias de Jemmapes y de Valmy. El filósofo Rabant-Saint-Etienne, tan traidor como protestante, está en correspondencia con el cortesano Montesquieu. El ejército está diezmado, sin que ni un solo batallon tenga más de cuatrocientos hombres; el bravo regimiento de Deux-Ponts se vé reducido á ciento cincuenta hombres; el campamento de Parnas se ha entregado; solo le quedan ya á Givet quinientos sacos de harina. Retrocedamos hácia Landeau: Wurmser persigue á Kleber; Maguncia sucumbe

con valor, Condé cobardemente y Valenciennes tambien; lo que no impide que Chaucel, defendiendo á Valenciennes y Feraud defendiendo á Condé, sean héroes, como Meunier, que defendió á Maguncia. Pero todos los demás nos hacen traicion. Dharville nos es traidor en Aix-la-Chapelle, Mouton en Bruselas, Valence en Breda, Neuilly en Limborug, Miranda en Maestricht; y son traidores Stengel, Lanone, Ligonier, Menon y Dillon. Es preciso hacer escarmientos. Las contramarchas de Custine son sospechosas; me parece que Custine prefiere la toma lucrativa de Francfort á la toma útil de Coblenza. Ciertamente es que Francfort puede pagar cuatro millones de contribucion de guerra; pero ¿qué es eso en comparacion de la ventaja que nos resultaria de aplastar el nido de emigrados? Meunier murió el 13 de Junio; ya se ha quedado solo Kleber, y entre tanto Brunswick aumenta sus fuerzas y avanza, enarbolando la bandera alemana en todas las plazas francesas que toma. El margrave de Brandeburgo es hoy el árbitro de Europa; se mete en el bolsillo nuestras provincias, y ya vereis cómo se adjudica la Bélgica. No parece sino que trabajamos para Berlin; si esto continúa, si no establecemos el orden, la Revolucion francesa se habrá hecho en beneficio de Postdam y habrá producido como único resultado engrandecer los pequeños Estados de Federico II, y habremos guillotinado al rey de Francia en beneficio del rey de Prusia.

Danton terminó arrojando una carcajada terrible.

La risa de éste hizo sonreír á Marat y que tomase la palabra del modo siguiente:

—Cada uno teneis vuestro coco: para vos, Danton, es la Prusia; para vos, Robespierre, es la Vendée; voy yo tambien á precisar mi opinion. No veis el verdadero peligro; el verdadero peligro existe en los cafés y en los garitos. El café de Choiseul es jacobino; el café de Patin es realista; el café de Cita ataca á la Guardia nacional; el café de la Puerta de San Martin le defiende; el café de la Regencia está contra Brissot; el café Carazza está en su favor; el café Procope jura por Diderot; el café del teatro Francés jura por Voltaire; en la Rotonda se rasgan los asignados; los cafés del barrio de San Marcelo están furiosos; el café Manouri agita la cuestion de las harinas; en el café de Foy hay mucho estrépito y borracheras, y en el Pórtico zumbidos de

los tunos de la Bolsa. Estos son los peligros serios.

Danton no reía ya. Marat seguía sonriendo; la sonrisa del enano es peor que la risa del coloso.

—Os burlais, Marat! gritó Danton.

Marat experimentó el movimiento convulsivo de caderas que le hizo célebre y ya no sonreía.

—Siempre sois el mismo, ciudadano Danton! replicó. Sois el que en plena Convencion me llamó "un tal Marat.". Escuchad, y os perdono, porque atravesamos un momento imbécil. ¿Decís que me burlo? En efecto... Quién soy yo?... He denunciado á Chazot, á Petion, á Kersaint, á Moreton, á Dufriche-Velazé, á Ligonier, á Menou, á Vanneville, á Gensonne, á Biron, á Lidon y á Chambon; los denuncié injustamente? Huelo la traicion en el traidor, y creo que es útil denunciar al criminal antes de que ejecute el crimen. Tengo por costumbre decir la víspera lo que vosotros decís al día siguiente. Propuse á la Asamblea un plan completo de legislacion criminal. Qué hice hasta ahora? Pedir que se instruya á las secciones para disciplinarlas en la doctrina de la revolucion; hice levantar los sellos de treinta y dos expedientes; reclamé los diamantes depositados en manos de Roland; probé que los brisotistas habian entregado á la Comision de Seguridad general autos de prision en blanco; señalé las omisiones del informe de Lindet sobre los crímenes de Capeto; voté por el suplicio del tirano en el término de venticuatro horas; defendí los batallones llamados el Manconseil y el Republicano; impedí la lectura de la carta de Narbonne y de Malonet; presenté una proposicion en favor de los soldados heridos; hice suprimir la Comision de los Seis; preví en el asunto de Mons la traicion de Dumouriez; pedí que se detuviesen en rehenes cien mil parientes de emigrados en cambio de los comisarios entregados al enemigo; propuse que se declarase traidor á todo representante que saliera de las barreras de Paris; desenmascaré á la faccion rolandista en los desórdenes de Marsella; insistí en que se pusiese á precio la cabeza de Igualdad, hijo; defendí á Bouchotte; pedí la votacion nominal para arrojar á Isnard de la presidencia; hice declarar que los parisienses han merecido bien de la patria; por eso Luvet me llama polichinela, por eso Finisterre pide que me expulsen; la ciudad de Londun solicita que me destierren y

la de Amiens que me pongan un bozal; por eso Coburgo quiere que me prendan y Lecointre-Piraveau propone á la Convencion que se me declare loco. ¿Para qué me habeis hecho venir á vuestro conciliábulo, ciudadano Danton, sino para pedirme vuestro parecer? ¿Solicité yo venir aquí? Al contrario, me disgustan las conferencias privadas con gentes contrarrevolucionarias como Robespierre y vos. Por otra parte, debia esperar que no me comprendierais y no me habeis comprendido. No sois hombre de Estado y tendreis que aprender á deletrear el arte de la política. Cuanto hablé significa lo siguiente: que os equivocais los dos; que el peligro no está en Lóndres, como cree Robespierre, ni en Berlin, como cree Danton; está en Paris, está en la falta de unidad, en el derecho que cada uno se cree tener para tirar por su lado, empezando por vosotros; en la trituracion de los talentos, en la anarquía de las voluntades.

—La anarquía! interrumpió Danton: quién la produce sino vos?...

Marat continuó sin detenerse:

—Repito que el verdadero peligro está en la multitud de cafés, en la infinidad de garitos y de clubs; en el club de los Negros, en el de los Federados, en el de las Damas, en el de los Imparciales, fundado en tiempos de Clermont-Tonnerre, que fué club monárquico en 1790; círculo Social ideado por el clérigo Claudio Fanchet; en el club de los Gorros de lana, fundado por el gacetista Prudhomme, etc. etc., sin contar vuestro club de los Jacobinos, Robespierre, y vuestro club de los Franciscanos, Danton. El peligro está en el hombre, que hizo que el portasacos Blin colgara de un farol del Ayuntamiento al panadero del mercado Palu, Francisco Denis, y en la justicia que hizo ahorcar al portasacos Blin en revancha. El peligro está en el papel moneda que se desprecia. En la calle del Temple cayó al suelo un asignado de cien francos y un transeunte, hijo del pueblo, al pasar por delante de él, dijo: *No vale la pena de recogerlo*. El peligro está en los agiotistas y monopolizadores. No basta haber enarbolado la bandera negra en el Ayuntamiento, no basta haber preso al baron de Trenck; hay que retorcer el pescuezo á ese viejo intrigante de la prision. ¿Creeis haber hecho lo que se debe con que el presidente de la Convencion ponga una corona cívica en la cabeza de Laberteche, que recibió cuarenta y un sablazos en

Jemmapes y cuya fama pregona Chenier? Comedias y farsas! No veis lo que sucede en Paris, si buskais lejos el peligro, cuando está cerca. Robespierre, ¿de qué os sirve vuestra policia? Porque son espías vuestros, Payan en el Municipio, Coffinhal en el tribunal revolucionario, David en la Junta de Seguridad general, Conthon en la de Salvacion pública. Ya veis que estoy bien informado. Pues escuchad lo que os digo: el peligro está sobre vuestras cabezas, el peligro está bajo vuestros piés; se conspira, se conspira y se conspira: los transeuntes se leen unos á otros los periódicos en las calles y se hacen señas con la cabeza; seis mil hombres, sin carta de naturaleza, emigrados que han regresado, pe-timetres y tunantes, están ocultos en las cuevas, en los graneros y en las galerías de madera del Palais-Royal; se hace cola en las puertas de las tahonas; las mujeres, en los portales, cruzan las manos y exclaman: Cuándo tendremos paz? En vano os cerrais para estar solo entre los vuestros: en la sala del Consejo ejecutivo se sabe todo lo que allí decís; la prueba, Robespierre, es que ayer por la noche dijisteis á Saint-Just estas palabras: "Barbaroux principia á tener mucha barriga, lo que le molestará mucho en su fuga.". El peligro está en todas partes, pero especialmente en el centro. En Paris, los ex-nobles conspiran; los patriotas van descalzos; los aristócratas, presos el 9 de Marzo, están ya en libertad; los caballos de lujo, que deberían haberse enganchado en la artillería y enviarse á la frontera, nos llenan de lodo por las calles; el pan de cuatro libras vale tres francos y doce sueldos; los teatros representan obras impuras y Robespierre hará guillotinar á Danton.

—Bah! exclamó Danton.

Robespierre miraba atentamente al mapa.

—Lo que necesitamos, gritó bruscamente Marat, es un dictador. Robespierre, ya sabeis que quiero un dictador.

Robespierre levantó la cabeza y dijo:

—Ya lo sé; Marat, vos ó yo.

—Yo ó vos, contestó el aludido.

Danton rumió entre dientes:

—La dictadura! Proclamadla si os atreveis.

Marat vió el fruncimiento de cejas de Danton y dijo:

—Vamos, hagamos el último esfuerzo y pongámonos de acuerdo, que la situacion vale la pena de hacer algun sacrificio. ¿No nos pusimos de acuerdo para

los sucesos del 31 de Mayo? La cuestion de unidad de accion es más grave todavía que el girondismo, que es una cuestion secundaria. Hay algo de verdad en lo que decís, pero la verdad entera se encierra en lo que yo digo. Al Sur tenemos el federalismo, al Oeste el realismo; en Paris el duelo entre la Convencion y el Municipio; en las fronteras la retirada de Custine y la traicion de Dumouriez. Qué significa todo eso? La desmembracion. Qué necesitamos? La unidad. En ella está la salvacion, pero apresurémonos; es preciso que Paris tome el gobierno de la revolucion. Si perdemos una hora, los vendeanos pueden estar en Orleans y los prusianos en Paris. Es verdad; os lo concedo, Robespierre, os lo concedo, Danton. Pues bien; de esto se deduce la necesidad de la dictadura. Apoderémonos, pues, de la dictadura; entre los tres representamos la República, somos las tres cabezas del Cervero; de estas tres cabezas, una habla, y sois vos, Robespierre, la otra ruge, y sois vos, Danton.

—Y la otra muerde, dijo Danton, y sois vos, Marat.

—Las tres muerden, replicó Robespierre.

Hubo un instante de silencio; despues prosiguió el diálogo, lleno de sacudidas sombrías.

—Oid, Marat; antes de casarse es necesario conocerse. ¿Cómo supisteis lo que dije ayer á Saint-Just?

—Ésa es cuenta mia, Robespierre.

—Marat!

—Mi deber consiste en enterarme de todo lo que pasa.

—Marat!

—Me gusta saber.

—Marat!

—Sé lo que hablais con Saint-Just, como sé lo que Danton habla con Lacroix, como sé lo que pasa en el muelle de los Teatinos, en el hotel de Labriffe, refugio adonde acuden todas las ninfas de la emigracion; como sé lo que sucede en la casa de Thilles, cerca de Gonesse; como sé que está en Valmerange el antiguo administrador de Correos, donde antes iban Maury y Cazales, adonde han ido despues Sieyes y Vergniaud, y adonde ahora van muchos una vez cada semana.

Al pronunciar la palabra *muchos*, Marat miró á Danton: éste exclamó:

—Si poseyera el poder, seria terrible.

Marat prosiguió:

—Sé cuanto decís, Robespierre, como